

ramente extranjeros unos para otros formar asociaciones, no para hacer recíprocamente dulce y agradable la vida, sino para dañarse de mas cerca, y atormentarse de continuo. Estos ciegos mortales pueden ser comparados á unos viajeros que, yendo por un camino frecuentado, echasen á correr sin reparar en los que iban delante, detras y al lado de ellos. De semejantes disposiciones resulta un descontento general, porque ninguno entonces se halla contento con sus compañeros de viage ni consigo.

Las desgracias que produce el desprecio de la moral, las sienten igualmente las sociedades y los individuos. Las naciones, para quienes una falsa política ha forjado un código fundado en ciegos intereses, pero contrario á la justicia y á la virtud, fueron y serán perpetuamente víctimas de su perversidad. ¿Porque vemos pueblos enriquecidos con el comercio, que disfrutan de un buen gobierno, de libertad, y poseen grandes dominios, y sin embargo se hallan siempre codiciosos, inquietos, descontentos y atormentados de movimientos convulsivos? Esto consiste en que de nada se goza sin virtud; en que todo se convierte en veneno para los hombres sin costumbres, que no pueden menos de abusar de los bienes mas preciosos. Bajo de una gordura engañosa las naciones corrompidas ocultan muchas veces las mas crueles enfermedades.

¿Porque los príncipes mas poderosos, á cuya felicidad nada debería faltar, pasan sus tristes dias en sobresaltos ó en las penalidades del fastidio? Es porque, imbuidos desde su infancia de las máximas de la adulacion, se imaginan que nada deben á los otros hombres; porque se figuran unas divinidades hechas solo para recibir inciensos y homenajes de los envilecidos mortales. Desgraciados! pues no conocen otro placer que el de ser temidos, é ignoran la dulce satisfaccion de ser amados! Ciegos y ofuscados, no conocen que un príncipe no es verdaderamente feliz sino á la cabeza de un feliz y dichoso pueblo. ¿Que móvil puede obrar en el corazon de un monarca, que es insensible á la felicidad de ser amado de sus súbditos.

Ensoberbecidos desde la cuna, ó criados en la ignorancia de sus deberes, los grandes y ricos no saben que la facultad de hacer bien es el único y legítimo origen de las distinciones establecidas entre los hombres. Sumergidos en una fastidiosa molicie, embriagados con vanos entretenimientos, negados á los placeres del alma, é insensibles al amor de sus inferiores, gozan solo idealmente de una grandeza temible y odiosa á los demas por su orgullo y altivez. Raras veces se ve la serenidad ó la pura alegría reinar en los corazones de aquellos á quienes el vulgo tiene por felices y dichosos. Los aguijones secretos de la vanidad y los lentos suplicios del fas-

tidio vengan cruelmente al pobre de los que le desprecian y oprimen.

Perpetuamente ultrajado con las vejaciones y desprecios de los poderosos, el hombre vulgar ha de ser forzosamente áspero, brutal y corrompido; porque gime en la miseria, y á cada paso hace una triste comparacion de su estado afligido y penoso con el de tantos holgazanes, á los que tiene por afortunados. Así que imita en cuanto puede sus vanidades y caprichos, y no consigue mas que aumentar sus desgracias. Por lo comun, negados á la razon y la moral, el hombre de pueblo y el pobre siguen ciegamente los impulsos de su inculca naturaleza, y buscan muchas veces en el vicio ó el crimen la felicidad que les niegan sus superiores. Los ricos y grandes son, como hemos dicho antes, la causa originaria de todos los vicios y desórdenes de los pobres.

Por no llegar á conocer los verdaderos principios de la moral, ó los medios de conseguir el fin que todo hombre debe proponerse en esta vida, las familias se componen regularmente de infelices. No se ven en ellas mas que esposos que se aborrecen, empeñados únicamente en hacerse la vida insoportable, padres tiranos, madres locas y disipadas, hijos corrompidos con funestos ejemplos, parientes en continuas quejas y disputas, amos imperiosos y duros, y criados, en fin, sin apego ni probidad. Todos estos diferentes asociados se reunen,

al parecer, para trabajar de continuo en hacerse infelices.

En el comercio del mundo, cada uno, por inadvertencia ó locura, parece que renuncia al cariño, la estimacion y consideraciones, que sin embargo son el objeto de sus mas ardientes deseos. Una presuntuosa vanidad, unos modales ofensivos, un orgullo inflexible, y una continua envidia destierran del trato de las gentes, destinado al júbilo y contento, la verdadera alegría, la sincera amistad y la cordial union, que son las únicas que pueden producir los placeres de la vida. Al ver la conducta de muchas gentes, pudiera decirse que se unen para darse motivos de odiarse y afligirse mutuamente.

Seria cerrar los ojos á la esperiencia no reconocer las influencias del vicio, ó mal moral, sobre lo físico de los hombres. ¡ Cuántas naciones y países florecientes han sido destruidos y assolados por la ignorancia, los vicios y la negligencia de los Reyes? Envano la naturaleza ha hecho fértiles muchos vastos imperios, cuando los soberanos ignorantes y corrompidos se empeñan en convertirlos en desiertos; la ambicion siempre cruel, y la vanidad dispendiosa de los príncipes despojan y hacen perecer sin piedad á los pueblos, sacrificándolos á sus ciegos caprichos: estos déspotas fieros se sorprenden despues al no encontrar en sus estados mas que una soledad horrorosa, y súbditos incapaces de suministrarles los continuos socorros que les

piden. Mas las necesidades continuas de una corte codiciosa y corrompida han aniquilado la agricultura, destruido el comercio, estancado y deprimido las manufacturas, y puesto mil estorbos é impedimentos al trabajo é industria de los ciudadanos, que han sido entregados á las vejaciones de los grandes, ó á las estorsiones ingeniosas de los exactores de las rentas públicas, sedientos siempre de la sangre de los pueblos. De este modo la negligencia, las pasiones y los vicios de los poderosos son una maldicion sobre la tierra; ellos la hacen estéril, condenando al infortunio, á la hambre, al contagio y á la muerte á los que pudieran y debieran cultivarla con fruto.

A mas de estos efectos generales y evidentes que el vicio ó desprecio de la moral causa en una nacion, ¿quien puede dudar de los que causa en los particulares? ¿Cuántas enfermedades se contraen por los fatales hábitos de la disolucion, la destemplanza, la ociosidad y el escesivo afan en ir tras los placeres? A estas causas, que destruyen diariamente la salud y existencia de una multitud de imprudentes, hay que añadir el cruel tedio, las penalidades del alma, los achaques, las pesadumbres, y los remordimientos y continuos disgustos, que consumen poco á poco los cuerpos, y conducen insensiblemente los hombres al sepulcro. El suicidio, efecto horroroso y terrible de una larga y profunda melancolía, ó de un delirio

repentino, no es raro en pueblos corrompidos. Unos sibaritas debilitados por el lujo y el vicio no tienen fortaleza para tolerar los golpes del destino.

Hé aqui como lo moral influye sobre lo físico; hé aqui como por falta de razon y virtud, tantos hombres viven, al parecer, sobre la tierra para sufrir y hacer infelices á otros. Por una lei constante de la naturaleza, ningun hombre en la vida social es tan fuerte y robusto como necesita, sin la reunion de sus asociados; ninguno consigue aprecio y estimacion siendo inútil; ninguno puede ser amado sino es haciendo bien á los demas; ninguno ser feliz, sino es haciendo á otros felices; en fin ninguno puede gozar de la paz del corazon, del contento interior, de la tranquilidad constante, tan favorable á la conservacion de su existencia, sino dándose á sí propio testimonio de que ha cumplido fielmente los deberes de la moral en el puesto que ocupa entre los hombres. La moral, es preciso repetirlo, es el solo camino que conduce á la felicidad verdadera: y como influye en lo físico, el solo aspecto del hombre de bien anuncia el reposo que disfruta.

Vemos, pues, que la felicidad no es propia esclusivamente de estado alguno. La naturaleza convida igualmente á todos sus hijos á trabajar para obtenerla; mas en cualquiera situacion que se encuentren, la felicidad es inseparable de la virtud. Así que nada es mas infundado

que las vanas declamaciones de una melancólica filosofía que condena indistintamente los honores, las dignidades, las riquezas y el deseo de gloria, prohibiéndoselas á los que aspiran á la verdadera sabiduría. ¿ Hay cosa alguna mas apetecible para los pueblos que ver la virtud sobre el trono trabajando igualmente en la felicidad comun de soberanos y de súbditos? ¿ Cuan felices serian los hombres, si aquellos que cerca de los Reyes gozan de poder y autoridad, quisiesen usar de ella en hacerse famosos por su vigilancia en cumplir con sus augustas funciones! El rico ¿ no seria un ciudadano respetable, si, en vez de disipar sus tesoros sin provecho propio, los emplease en reanimar la desalentada y abatida indigencia, remediar las desgracias públicas, y fomentar la industria? En fin, esta gloria que se llama un vano y fugaz humo ¿ no es un objeto real y apetecible, puesto que es el aprecio y estimacion universal que estimulan al talento á contribuir al bienestar y á los deleites de la vida?

No demos nunca oídos á los consejos fanáticos de una moral feroz que se empeña vanamente en fundar la perfeccion y la felicidad suprema en una apatía insociable, y en una indiferencia absoluta con el género humano. Toda moral, que se proponga separar de los otros al hombre, reconcentrarle en sí, y aniquilar su union con aquellos entre quienes le puso la naturaleza, es una moral dictada por la misan-

trofia, vana é ineficaz enteramente para las criaturas sociables. Podrá ser virtuoso el que rompiere todos los vínculos que le unen á sus semejantes? ¿ Qué son las virtudes que no tienen por objeto al género humano? ¿ Qué estimacion ni amor deben los hombres á unos salvages espantosos, que van á sepultarse en los desiertos para no ser útiles á nadie? ¿ Es trabajar en beneficio de la felicidad del hombre en sociedad aconsejarle que se vaya á los bosques, y renuncie á las innumerables ventajas que la vida social produce? El salvage es verdaderamente feliz? ¿ En que puede consistir la felicidad maravillosa de un hombre que vive con las bestias, ocupado perpetuamente en disputar con ellas su alimento, espuesto á la inclemencia de las estaciones, y privado de los recursos, comodidades, luces y auxilios que la sociedad suministra á sus miembros? ¿ El salvage es verdaderamente virtuoso? ¿ Puede llamarse virtud no amar ni desear lo que no se conoce? En fin, ¿ hallamos acaso que en las tribus salvages derramadas todavía en el nuevo mundo unas virtudes verdaderas reemplacen los vicios que las naciones populosas y civilizadas comunican á sus ciudadanos? No sin duda. Si estos salvages están exentos de la sed del oro, de las necesidades inmoderadas del lujo, de las cadenas del despotismo, y de todos los demas inconvenientes del gran mundo; los vemos hacer un

uso horrible de su libertad natural, ó mas bien de su locura, para matarse unos á otros; ellos por los mas leves y ligeros motivos se arman y encarnizan contra sus vecinos; ejercen con los cautivos crueldades que horrorizan á la naturaleza; tratan á sus mugeres con una ferocidad irritante; sus mismos hijos no están seguros de sus repentinos furoros; en lugar de los vicios que agitan á las naciones civilizadas, hallaremos que las tribus salvages tienen una crueldad, una sed de venganza, y una injusticia que á ningun freno se sujeta. Hombres semejantes, ¿ pueden ser modelos de virtud? Su deplorable género de vida, ¿ anuncia felicidad alguna? Su franqueza misma manifiesta su indómito temperamento; sus virtudes son por lo comun crímenes; su inocencia, una grosera ignorancia de lo que constituye la felicidad de la vida (1).

(1) Aristóteles, en sus libros morales, lib. 8. cap. 1. dice « que una vida solitaria y privada de asociados, es contraria á la felicidad del hombre, y repugnante á su naturaleza, puesto que el hombre por su naturaleza es un animal *sociable* y político. « El mismo añade « que un hombre que se complace en la soledad, y huye del trato de los hombres, no es hombre sino monstruo: la soledad debe impedirle ejercer virtud alguna. « Un anónimo muy apreciable, fundado en los mismos principios, ha dicho, « que el que se aleja de los hombres, se aleja de las virtudes necesarias á la sociedad; que cuando el hombre vive solo, es feroz, y se entrega á la misantropia; y que el mundo nos obliga á observar nuestras acciones. « *Lettre d'une mère à son fils sur la vraie gloire.* El mismo Aristóteles en el lib. 1. de su política, dice que aquel que desea una vida enteramente solitaria, no es hombre, sino ó un Dios ó un bruto.

Vivamos, pues, con los hombres; cerremos los ojos á sus defectos; procuremos hacerles bien, y no los aborrezcamos nunca. Si las naciones civilizadas son infelices, es porque conservan todavía vestigios de su barbarie primitiva. A este espíritu salvage deben atribuirse la mayor parte de las guerras que la injusticia de los príncipes, auxiliada de las preocupaciones de los grandes y pueblos, hace todavía tan frecuentes en la tierra. Por la locura de los Soberanos, los pueblos mas civilizados viven aun como las tribus salvages, ocupándose en destruirse mutuamente. Por un efecto de las falsas opiniones heredadas de nuestros bárbaros abuelos, el fatal ejercicio de la guerra está reputado por la mas noble profesion; el arte de esterminar á los hombres es el que conduce con mas seguridad á los honores, á las recompensas y á la gloria en las naciones que mas necesitan de las artes de la paz para ser felices y florecientes. Mas el espíritu insociable y salvage, mantenido en casi todos los paises por la ambicion de los príncipes, se opone á la curacion de aquellas mismas preocupaciones, cuyas horribles consecuencias sentimos. Cortes salvages, ignorantes y corrompidas son las que dan el tono á las naciones, y mantienen en ellas el error, el desprecio de la sabiduría, los usos irracionales, y las pueriles vanidades de que todavía se hallan infestadas. Ultimamente, en el examen que hemos hecho de los vicios de los hombres, todo

nos prueba que provienen de su falta de esperiencia y de su ligereza, las cuales contribuyen á mantenerlos en perpetua niñez, y los hacen salvages é insociables.

A pesar de las poderosas fuerzas que se empeñan en retener á los hombres en un estado tan contrario á su verdadera naturaleza, no debemos desesperanzar de la curacion de los espíritus y de la reforma de las costumbres. La esperiencia y la desgracia son dos grandes maestros de los hombres; ellas le precisarán tarde ó temprano á renunciar á las preocupaciones que se oponen á su felicidad. Soberanos mas ilustrados llegarán por fin á conocer sus verdaderos intereses; un dia, pues, renunciarán á esa política injusta, tan contraria á su bien como al de sus vasallos, reconocerán que esas guerras interminables, esas conquistas ruinosas, esos triunfos sangrientos destruyen realmente los fundamentos de la felicidad nacional, y que la política no puede separarse impunemente de las reglas de la moral. A fuerza de calamidades, los príncipes se instruirán en sus deberes, y conocerán que el poder arbitrario no produce otra cosa que la triste ventaja de reinar temblando sobre esclavos abatidos y tristes.

Así que no aflijamos al hombre con una moral desesperada; no le enviemos á los bosques; no le separemos de los otros; digámosle que sea moderado y sociable; mostrémosle los motivos poderosos que le obligan á ello; guar-

démonos de decirle que la felicidad no se ha hecho para él; antes hagamos que conozca que en la virtud se halla este bien, esta felicidad de que le alejan de continuo sus vicios y locuras.

Confesemos sin embargo que esta reforma tan suspirada de las costumbres de las naciones y de los soberanos no se muestra todavía muy cercana; y que solo puede ser fruto de las esperiencias y luces poco á poco esparcidas entre los hombres, y *circunstancias que el destino únicamente puede ofrecer*; mas esto no desalienta al hombre sabio, porque conoce bien que la virtud se propaga lentamente, pero tarde ó temprano llega á producir sus efectos. Los estravíos de los hombres, siempre castigados por la naturaleza, los precisarán á recurrir á la razon, la moral y la virtud, en cuyo seno encontrarán la felicidad, que tristes y fanáticos moralistas han supuesto falsamente que no se ha hecho para los mortales.

Continuen, pues, los amantes de la sabiduría sembrando y difundiendo verdades, y estén muy seguros que ellas florecerán un dia: si sus lecciones pareciesen inútiles á sus contemporáneos, servirán á la posteridad, cuyo bienestar no debe ser indiferente á los hombres de bien que meditan y preven. La verdad es un bien comun á los habitantes de este mundo; si es despreciada en un pais, fructifica en otro; si encuentra oposicion en un siglo, será bien acogida en edad mas feliz; si la desdeñan los padres, la

admitirán sus descendientes, instruidos y escarmentados en las locuras de sus predecesores.

En fin, aun cuando una feliz mudanza en las costumbres de los pueblos fuese una lisongera quimera, los consejos de la sabia moral no por esto serian inútiles; ellos servirian á lo menos para fortificar al hombre de bien en la práctica de la virtud, hacérsela amable, y confirmar mas y mas los sentimientos de su corazon. La esperanza de un porvenir dichoso, y las pinturas agradables y lisongeras de la virtud contribuyen, digásmolo así, á refrigerar y fortalecer las almas justas y sensibles, ajadas y marchitas con el aflictivo espectáculo de las calamidades que desolan el mundo. En defecto de la felicidad pública que la sociedad le rehúsa, el ciudadano virtuoso se ve reducido á buscar una felicidad particular; en el seno de su familia y en el de la amistad, hallará consuelos, dulzuras y felicidad sobre que no tiene jurisdiccion la tiranía; si practica fielmente las virtudes sociales, gozará su corazon de una serenidad constante; en el rostro de su muger, sus hijos y criados, leerá el júbilo y el contento; se aplaudirá de contribuir á ellos; disfrutará de la confianza, del aprecio y del amor de todos aquellos con quienes tenga relaciones; en suma, vivirá contento consigo, con la certidumbre de ser amado de cuantos le rodean.

El malvado, por el contrario, siempre descontento de sí, encuentra por todas partes enemigos,

enemigos, y acusadores que le acriminan su odiosa conducta, y sus crueles tratamientos. Semejante á Calígula, él querria que los hombres tuviesen todos una sola cabeza, para de un solo golpe derribarla: en sociedad, en casa, dentro de sí mismo tiene un espectáculo horroso, cuya idea le persigue hasta en la soledad (1).

(1) Todos los malvados querrian ser buenos, porque experimentan de continuo los disgustos inseparables de la maldad ó del vicio. Platon (lib. 5. de leg.) dice que todo hombre injusto es injusto á pesar suyo. Este mismo filosofo dice en el timeo: «ninguno es malvado por su eleccion ó gusto; lo es sí por efecto de algun vicio de conformacion en su cuerpo, ó por una mala educacion.»

Por otra parte, puede decirse que el hombre de bien es un ente bien constituido, que sigue sin resistencia una naturaleza bien ordenada, que ha contraido facilmente el hábito de ser bueno, y que le ejercita con prontitud y facilidad. Aristóteles, observa con razon que nosotros no recibimos de la naturaleza ninguna de las virtudes morales: nosotros, dice, llegamos á ser buenos y justos del mismo modo que uno aprende á ser buen arquitecto ó buen músico. La naturaleza solo nos da las disposiciones ó facultades, con cuyo auxilio nos hacemos mas ó menos facilmente buenos, justos, benéficos, etc. Un hombre que ha nacido sin finura de oido, ó sin agilidad de dedos, no llegará jamas á ser buen músico ó diestro instrumentista. El malvado es un ente mal constituido, mal educado, ó en quien la educacion no ha podido rectificar el vicio de su conformacion: así como un mal pintor, un mal músico, ó un torpe escultor querrian sobresalir en sus profesiones, el malvado respeta el mérito de la virtud, sin tener valor para seguirla; él quisiera ser bueno, mas el hábito le vuelve al vicio á pesar de los males que él experimenta.

Estas reflexiones pueden servir para ilustrar la moral, y explicarnos la conducta de muchos hombres que obran mal, y son á veces malos contra su voluntad.

Cuando la moral promete al hombre una completa felicidad, no por esto le exime de las penalidades de este mundo; tampoco le preserva de las calamidades públicas, de los golpes de fortuna, de la perversidad de los hombres, de la indigencia que regularmente acompaña al mérito y á la virtud, de las crueles enfermedades, de los males físicos y de la muerte; pero al menos prepara su corazón á los acontecimientos de la vida: ella le enseña á soportar con valor los imprevistos reveses, á no dejarse abatir, y á someterse á los decretos del destino, y en las mayores calamidades ofrece al hombre de bien un asilo en sí mismo, donde la paz de una buena conciencia le suministrará consuelos desconocidos de los malvados, quienes además de las desgracias que experimentan, tienen que sufrir la ignominia y los remordimientos de sus vicios y criminales acciones. El mas cruel tormento de un malvado en el infortunio, es el conocimiento de su espantoso carácter, del odio que se ha merecido, y del justo castigo que experimenta. *Vale mas, dice Epicuro, ser desgraciado y racional, que no feliz y falto de razon.*

El verdadero sabio no es un hombre impasible: él no afecta la insensibilidad del estoico insensato, que en medio de crueles tormentos decia del dolor, que *no era un mal*; no es insensible á la pérdida de la fortuna, de la salud, de sus parientes ó de sus amigos; ni cree que la virtud consista en contemplar tranquilamente la

privacion y ausencia de los objetos mas caros á su corazón; siente como cualquiera otro los rigores de la suerte, pero encuentra en la virtud fuerzas y recursos; conoce que con ella no puede ser enteramente infeliz (1); y que sin ella el poder, la grandeza, la opulencia, y la mas robusta salud son insuficientes á la felicidad. En fin, en la vejez, y hasta en los bordes del sepulcro, el hombre virtuoso está sostenido y alentado con el recuerdo consolatorio de una vida pacífica, pura y arreglada (2).

---

(1) *Et etiam quietè, et purè, et eleganter actæ ætatis placida ac lenis senectus.* Cicero, de Senect. cap. 5. « Es una « verdad constante, dice Plutaro, que la feliz y dichosa vejez es una corona de gloria y seguridad que solo se halla en el sendero de la virtud. » *Comparacion de Pyrrho con Mario*, al fin.

(2) *El hombre no es infeliz, dice Demócrito, mientras no es injusto.*